

Celia: una lectura de enseñanza-aprendizaje sobre personaje femenino¹

Celia: A Learning-Teaching Reading about the Female Character

BEATRIZ DE ANCOS MORALES

Universidad Católica de Valencia

España

beatriz.deancos@ucv.es

(Recibido: 28-05-2018;
aceptado: 01-03-2019)

Resumen. La educación literaria en las aulas comporta, no solo el aprecio literario de los textos, sino también la educación en valores para la formación de la personalidad del educando: sujeto en formación continua en la escuela. Las diversas historias del personaje femenino Celia Gálvez, creado por Elena Fortún para los jóvenes lectores, presentan el proceso de formación de una niña desde su primera infancia hasta la juventud durante la primera mitad del s. XX español.

Abstract. The literary education in the classroom not only involves the aesthetic appreciation of the texts, but also an education in values in order to develop learner's personality: A Person in continuous training at school. The several stories of Celia Gálvez as a female character, created by Elena Fortún for young readers, present the training process of a girl from her early childhood to her youth during the first half of the 20th century in Spain.

Palabras clave: *educación literaria; aprendizaje; personalidad; personaje femenino; valores.*

Keywords: *Literary education; training; personality; female character; values.*

¹ Para citar este artículo: De Ancos Morales, B. (2019). Celia: una historia de enseñanza-aprendizaje sobre personaje femenino. *Alabe* 20. [www.revistaalabe.com]
DOI: 10.15645/Alabe2019.20.7

La educación literaria en los procesos de enseñanza-aprendizaje de Educación Primaria y Secundaria persigue como objetivo mostrar al alumno, además de los valores estéticos propios de los textos literarios, los procesos de la vida, la “vida por dentro”. La lectura del texto para el joven lector no cumple solo una función lúdica, de disfrute personal. Sabemos que el texto literario configura la visión del mundo y de uno mismo, ya desde las primeras edades.

El proceso de construcción de sentido que se produce en la comunicación literaria se corresponde y, al mismo tiempo, coincide con el proceso de construcción de la personalidad, pues en ambos casos se trabaja por descubrir un sentido que proporcione al joven lector marcos de referencia para interpretar el mundo (P. Cerrillo, 2013). Estamos, por tanto, ante un fenómeno de simbiosis entre Literatura y Educación.

Si se considera esta perspectiva ante la lectura del texto literario, el personaje de *Celia*, su proceso de formación y desarrollo de la personalidad reflejado en sus diversos relatos en serie de Elena Fortún, adquiere una frescura y actualidad relevante en el escenario de la educación literaria en las aulas. La Historia de la Literatura infantil y juvenil tiene en Elena Fortún (1886-1952) una de las narradoras más relevantes de la primera mitad del s. XX español. Encarnación Aragoneses -su verdadero nombre- dio vida a este personaje infantil femenino, por el que será siempre recordada por sus grandes y pequeños lectores.

“En el fondo, Celia es Elena Fortún” (Bravo Villasante, 1986: 9). En efecto, los principales acontecimientos de las vidas de Encarnación Aragoneses y del personaje de ficción Celia ocurren en la misma época histórica: la primera mitad del siglo XX. En cambio, no constituye el objeto de estas líneas en modo alguno el análisis de las similitudes del yo narrativo con el yo de ficción, abordados ya en la crítica literaria (Capdevila-Argüelles, 2005 y Caamaño, 2007), sino el estudio del proceso educativo y de maduración de este personaje infantil femenino a través de algunos de sus relatos; serie que, sin duda, leyeron muchos escolares españoles de la posguerra española, como afirma Carmen Martín Gaité. Sus aventuras se publicaron por vez primera entre 1928 y 1932 en el suplemento semanal del diario ABC, *Blanco y Negro*, en la sección infantil *Gente Menuda*, dirigida en ese momento a los hijos de la clase acomodada española, gracias a la amistad de Encarnación Aragoneses con María Martínez Sierra (Fraga, 2012: 6). La serie *Celia y su mundo* está formada en total por once títulos; los seis primeros extraídos de esas publicaciones semanales en *Gente Menuda* ya mencionadas. La simpática Celia Gálvez irá creciendo y madurando en la ficción ante los ojos de sus pequeños lectores, ofreciéndose al tiempo como un modelo educativo a través de las páginas literarias.

Encarnación Aragoneses, como hicieran las escritoras Borita Casas o Emilia Costarelo, escribe un relato por entregas protagonizado por una niña de clase media en Madrid que se mueve en un mundo confortable, de colegios religiosos y criadas de pueblo, con una naturalidad y sencillez que ganan al lector. La escritora acerca al lector, de este modo, a un retrato familiar próximo a la realidad española de las primeras décadas del s. XX, frente a otros escritores coetáneos (Colomer, 2000). Pero además, en las páginas de Elena Fortún, quizás sin ser el objetivo inicial de su producción escrita, podemos

descubrir un *iter* formativo de la personalidad en desarrollo, identificable a lo largo de seis novelas de la amplia serie de Celia (F. García, 1986), en que ella aparece como neta protagonista. Podríamos estructurar el *iter formativo* del siguiente modo:

1. Caracterización inicial del personaje: *Celia, lo que dice* (1929)
2. Aprendizaje en la escuela: *Celia en el colegio* (1932) y *Celia y sus amigos* (1935)
3. Aprendizaje y relaciones interpersonales en contacto con el mundo real: *Celia en el mundo* (1934)
4. El despertar precoz de la responsabilidad: *Celia madrecita* (1939)
5. Su progresiva maduración personal en la adversidad y soledad familiar: *Celia en la revolución* (1987)

En efecto, la presencia recurrente de temas relacionados con la formación del yo a lo largo de toda esta saga de relatos infantiles hace que la serie de libros sobre Celia y su familia se perciba como una gran novela de aprendizaje o *Bildungsroman*, en opinión de Capdevila-Argüelles (2005), en las que van desfilando diferentes personajes cercanos a la protagonista. Celia los unifica, como personaje femenino compartido por todas. En estos relatos la personalidad del niño se destaca y afianza. “El niño es él y no una persona mayor, como creían todavía en el siglo pasado”. (Bravo Villasante, 1986:199) Los docentes, por tanto, encontrarán una lectura sabrosa, de gran utilidad en su función educativa en lo referente al desarrollo de la competencia lectora; unos relatos adecuados, además, para la adquisición de la competencia literaria en las aulas de Educación Primaria.

Es innegable que el proceso de aprendizaje y maduración de nuestra querida Celia es descrito con gran habilidad narrativa por Elena Fortún, ya desde la presentación inicial del personaje. El protagonista femenino narra sus aventuras y desventuras en primera persona, valiéndose la autora de rasgos del lenguaje infantil que dotan de un realismo sorprendente a sus variadas acciones y travesuras. Asimismo, resulta atractivo en el hilo argumental el carácter itinerante del personaje en sus años de infancia (sucesivos internados, estancias en casas de parientes y amigos, salidas a Francia), motivado por los viajes frecuentes de sus padres, “con posibles” propios de la clase burguesa española. En cierto modo, estas desvinculaciones de su entorno familiar cercano favorecen en Celia su crecimiento en mayor libertad, sin paternalismos ni sobreprotecciones indebidas. Se prepara así Celia, sin saberlo, para vivir una soledad creciente, acompañada siempre de su vocación aventurera y viva fantasía, que le ayudarán a afrontar los reveses de la vida narrados en *Celia en la revolución*. Por último, no olvidemos que el diálogo se convierte en la pieza clave del estilo de Fortún en estas páginas, “un estilo sencillo, vivo, el diálogo es casi continuo y muy gracioso, las observaciones agudísimas y atinadas” (Bravo Villasante: 199). Herramienta esencial de caracterización del personaje, mediante el cual el lector irá descubriendo de forma amena la evolución psicológica de Celia a lo largo de las novelas hasta pasar a la edad adulta.

Comencemos, pues, a recorrer este *iter formativo* a través de las obras seleccionadas.

I. Caracterización del personaje infantil en formación

Elena Fortún, al presentar a la protagonista de sus libros en *Celia, lo que dice*, resalta el carácter dual de su cotidianidad. ¿En qué sentido? La historia de Celia se presenta sencilla por fuera y prodigiosa por dentro. Vive en la calle de Serrano, y tiene un papá y una mamá que la riñen y la miman. Nos describe una vida infantil ordinaria, que todos los días se viste con el ropaje de maravilla, fantaseando y viviendo en un mundo de aventura y de milagro. Aquí reside, ciertamente, el punto de vista peculiar y sugerente del relato para el lector infantil: la mezcla de lo fantástico con lo cotidiano.

El lector descubre una niña normal y corriente, pues, de la primera mitad del s. XX español. “Celia habla como hablan los niños y obra como ellos. Hace travesuras, de las que ella misma apenas se percata. En una palabra, Celia es una niña desenvuelta y graciosa de nuestro tiempo, con mucho desparpajo” (Bravo-Villasante, 1972: 199). Elena Fortún toma como punto de partida del proceso educativo de su personaje una Celia rebelde y curiosa, formal y reflexiva al tiempo, razonadora con sus siete años cumplidos. Entre las notas caracterizadoras de la encantadora Celia, ponemos en relieve aquellas que consideramos incisivas en su camino hacia la madurez personal.

a) Traviesa y aventurera. Su primera infancia se nutre de aventuras y travesuras. Tal vez hoy algún educador colocaría a Celia el apelativo de “hiperactiva”. La mañana del día de Reyes, por ejemplo, Celia Gálvez compartió los regalos que le habían dejado Sus Majestades con Solita, la hija del portero de su finca. ¿Cómo? La niña de cabellos rizados los fue dejando caer, atados a una cuerda, desde su ventana hasta el patio para que los recogiera su amiga pobre: un peluche, una cocinita... Así hasta que su padre le dio el alto y puso fin al reparto. En otra ocasión, Celia consiguió embaucar a doña Benita, una de las señoras del servicio doméstico de la casa familiar, para meter un burro en casa. Con el paso de los años estos lances y atrevimientos se convertirán en audacia y decisión para afrontar situaciones difíciles en la vida, como veremos en *Celia en la revolución*.

b) Muy aficionada a la lectura. Los libros, y muy en particular, las narraciones de cuentos son el alimento de la fantasía de la pequeña Celia y trabajan como matriz cognitiva del mundo al que tiene que enfrentarse. Así, por ejemplo, cuando llegue al primer internado y se sorprenda de todo lo que allí sucede, exclamará: “¡Si este colegio es como un libro de cuentos!”. Entre sus diversiones predilectas entra la de contar cuentos que se sabe a Juana, la doncella, mientras friega en la cocina (Fortún: 86), al aviador, el amigo de su padre (Fortún: 108) o al abuelo de su amiga Carlótica (Fortún: 177), incluso a un chino que viene de visita a casa (Fortún: 222). Se esfuerza por contar a su tío Rodrigo todos los cuentos que se sabe: “Los príncipes encantados”, “El candor del bosque”, “La princesita pan y miel” (Fortún: 261) como si le entregara su tesoro personal.

No resulta extraño este rasgo caracterizador del personaje en las páginas de *Celia lo que dice* si el lector que Elena Fortún creía en el valor pedagógico del cuento “para educar la atención, como cauce de la capacidad imaginativa, como base moral, como principio de educación literaria y como enriquecedor del lenguaje” (Fortún, 2017: 23-24). En sus lecciones dadas a jovencitas que se educaban en la residencia de señoritas de la Institución Libre de Enseñanza, Elena Fortún defendía el cuento como ayuda para el niño en su conocimiento del arte de vivir.

c) Prodigiosa fantasía. Esta característica se hace patente a lo largo de todos los relatos de la serie, e irá decreciendo a medida que vaya alcanzando madurez. En *Celia lo que dice* es evidente la frágil frontera del personaje infantil entre realidad y fantasía, propia de su edad. Citemos como botón de muestra el capítulo: “Mamá es un hada” (Fortún: 125) o “El hada en el sotabanco” (Fortún: 217). En otra ocasión, Celia se imagina de camino con su amiga Solita para ver al hada de Cenicienta (Fortún: 89) o compara su situación cotidiana con el cuento popular de “Las dos hermanas.” “Me vi en el espejo y parecía una niña de un cuento”, confiesa Celia al arreglarse para ir de visita con su mamá. Se vislumbra, por tanto, el germen de una rica personalidad en esta niña que con siete años recurre a los sueños, a la literatura, cuando no encuentra respuesta en lo que le rodea. Esta prodigiosa fantasía se nutre de la lectura continua, según le confiesa de forma simpática a un amigo de su papá:

- ¡Caramba, qué imaginación! ¿Y es en el colegio donde aprendes eso de las hadas y del viejo de la luna?
- ¡Quíá! En el colegio no saben nada. Es en uno de los libros preciosos que yo tengo, donde lo explica todo. ¿Tú no los tienes? Pues, hijo, no te los quiero prestar, no sea que los pierdas; pero puedes venir un día y los leeremos juntos... (Fortún: 110)

d) Sencillez y generosidad. Celia reniega de ser “una niña bien” cuando le preguntan sus amigas (Fortún: 135), a pesar de vivir en la calle Serrano, de veranear en San Sebastián, en la conocida playa del Sardinero, donde acudían las familias madrileñas pudientes de principios del s. XX; sus padres viajan a París, Suiza, su madre se viste en casa de modistos... y Celia, en cambio, se decide a servir en las casas colindantes cuando oye a sus padres hablar del exceso de gastos en la economía familiar (Fortún: 190). Comparte su tiempo, sus juguetes y su alegría con todas las personas que le rodean en su vecindario.

Las numerosas aventuras de Celia rayan en travesuras que provocan, casi inevitablemente, la decisión de su padre de llevar a su querida primogénita a un internado religioso a las afueras de Madrid; un tipo de educación común en los niños bien de la clase burguesa española de primer tercio del s.XX.

2. Enseñanza-aprendizaje en un contexto formal

Los primeros datos de la escolarización de Celia los conoce el lector en el primer relato de la serie. Elena Fortún nos descubre que Celia asiste al colegio con siete años y que, además, tiene una institutriz inglesa en casa: miss Nelly (Fortún: 59). La señora Gálvez le pregunta la lección a su hija (Fortún: 72) para comprobar cuánto ha estudiado. Al hacerlo, se da cuenta de que su hija sabe leer, pero que no entiende lo que lee –algo frecuente también en la escuela actual–, por los disparates que Celia le va refiriendo. La madre, fascinada con un colegio regentado por unas religiosas francesas por referencias de unas amigas, elegirá la segunda escuela de Celia hasta que definitivamente su padre decida llevarla a un internado, tras el profundo enfado como consecuencia de una de sus numerosas aventuras, esta vez con su pequeño hermanito Baby.

En aquellos años 20 y 30 del siglo XX, el hecho de llevar a los hijos a un internado regido por una orden religiosa se consideraba una señal de distinción para las familias y del empeño educativo que tenían por sus hijos. Los padres de la alta burguesía y de la clase media pudiente son los que pueden educar a sus hijos en colegios confesionales y religiosos (De Puelles: 297). En esa España de los felices años 20 se vive la “guerra escolar” entre las órdenes religiosas que impartían docencia y la promulgación de la escuela laica, que pretendía superar la pedagogía de clase por la integración social (De Puelles: 332). Así las cosas, los padres podían elegir un internado confesional católico o bien el Instituto-escuela, impregnado de las nuevas ideas pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza, que Ginés de los Ríos había traído a España desde Alemania. En estos internados, no obstante, coincidían los postulados compartidos por Manjón y Giner de los Ríos: la finalidad de la educación no es tan solo instruir, sino formar hombres completos. Por tanto, Celia Gálvez estará sometida a una sana disciplina basada en el cultivo de las virtudes humanas desde sus primeros años de escolarización, como veremos en la segunda novela de la serie.

¿Qué aprende Celia en los diversos internados? García Hoz (1980) refiere que la enseñanza impartida en los colegios religiosos se movía dentro del “espíritu tradicional de educación”. Junto al libro básico de formación, el Catecismo del P. Astete o bien del P. Ripalda, fueron utilizados el *Juanito*, de L.A. Parravicini, para los niños y *Flora*, para las niñas, una especie de libros de lectura y enciclopedia al tiempo, en los cuales se explicaban las nociones fundamentales y los hábitos de urbanidad que debían ser adquiridos a la edad de escolarización Primaria. Completaban el “paquete didáctico” los cuadernos pautados para la caligrafía, los libros de problemas aritméticos, el pizarrín individual para escribir y hacer las cuentas.

Asimismo, las finalidades de la educación –también para nuestra Celia– estaban contenidas en las cuatro “s”: “los niños han de llegar a ser santos, sabios, sanos y sociales” (García Hoz, 1980: 28). En otras palabras, conocimiento de la doctrina cristiana, aprendizaje de lectura y escritura, conocimientos básicos para resolver los problemas de la vida diaria y criterio moral para evaluar las acciones. Por otro lado, “ser sano”

significaba llevar una vida ordenada y sobria, y “ser social” era entendido como respeto al prójimo, cortesía y urbanidad en el trato que hicieran fácil la convivencia. Estos objetivos quedan ilustrados convenientemente en los diversos capítulos de la novela de Fortún.

En opinión de Fraga (2012) llama la atención en las páginas de la novela la denuncia de cuanto tenían de represivo e irracional los métodos educativos de las instituciones religiosas. Por este motivo, sabemos que la escritora recibió abundantes críticas y el veto temporal del régimen franquista a toda su obra en 1945 y, en concreto, a *Celia en el colegio*, desde ese año hasta 1968. De todas formas, no se pretende focalizar la atención en la crítica que la escritora pudiera haber incorporado en sus páginas de las instituciones educativas de la época, sino en lo que la niña consigue aprender partiendo de esas situaciones escolares amargas.

La pequeña Celia Gálvez llega a un “internado-convento” (Fortún: p. 7), donde las lecciones escolares se alternan con rezos. Estudia Geografía, Historia Sagrada, Aritmética, Gramática, Historia de España, y por la tarde las labores “¡Toda la tarde la pasamos cosiendo!” (Fortún: 130). Ocasionalmente preparan teatro de alguna vida de santo (Fortún: 136) aprovechando la celebración del santo de la madre superiora. Los exámenes son orales y reflejan una enseñanza de carácter memorístico (Fortún: 149). Muchos años después, escapando de los horrores de la Guerra Civil, Celia recordará el amor a la Virgen que le enseñaron de pequeña en el internado al encontrarse en el dormitorio de una pensión valenciana con una imagen religiosa “En la pared del fondo hay una Purísima de Murillo, pintada al óleo, de tamaño natural... Es la misma que estaba en mi colegio y yo miraba seis horas todos los días. [...] Me duermo mirando el cuadro de Murillo” (Fortún: 319).

En este internado vive en un dormitorio común con otras niñas, donde se guarda silencio mayor bajo la vigilancia de la madre Loreto; cuando Celia se porta mal las religiosas la conducen al famoso “cuarto de las ratas” (Fortún: 61). A pesar del ambiente austero y rígido para una niña pequeña y sensible como ella, Celia disfruta leyendo vidas de santas y cuentos, lo que le lleva a tener fresca su prodigiosa fantasía (Fortún: 116). Uno de los momentos más duros para la pequeña Celia será pasar el verano en el internado -sus padres se encuentran en París- viviendo con las religiosas hasta que su tío Rodrigo venga a recogerla.

Se completa esta etapa de educación en los internados con la primera parte de la novela *Celia y sus amigos*, donde casi la mitad de los 34 breves capítulos de la nueva entrega de la serie se centran en la vida cotidiana en este peculiar internado de la Ciudad Imperial que Celia llama “palacio del conde de Rocafuerte” (Fortún: 11): el *Colegio de Doncellas Nobles* de Toledo. ¿Qué sucede tras los muros de tan noble institución?

Uno de los primeros centros de enseñanza para la mujer en Castilla fue el Colegio de Doncellas Nobles de Toledo, fundado por uno de los arzobispos de la Sede Primada más destacados: don Juan Martínez Silíceo en 1551 (Laura Canabal, 2013). Dos personajes históricos se dan cita en esta institución educativa: Silíceo y Felipe II, fundador y patrón respectivamente desde 1560. (Laura Canabal: 1). Se trataba de un internado dotado de

unas constituciones o Reglamento (1557), regido por mujeres en su totalidad: la rectora, la provisora, la escuchadera y las maestras. El fundador creó plazas para cien doncellas, pero en la realidad vivían muchas menos por las deudas contraídas por el Colegio. Según sus Constituciones, las plazas eran vitalicias y solo las colegialas que salían para casarse recibían una dote; no así las que decidían ingresar en un convento.

La finalidad de este internado, según el cardenal Silíceo, consistía en educar mujeres, un plantel de madres de familia cristianas, con el complemento de una formación religiosa integral. La edad de ingreso se estableció entre 7 y 10 años. A las colegialas se les enseñaba a leer y escribir, a labrar y hacer labores. Más allá del aprendizaje de la vida cotidiana, estas doncellas esperaban los días de fiestas para ser vistas de los futuros pretendientes en sus paseos por la ciudad. Se trataba de una “educación para señoritas”. Relevante era el punto de la “vigilancia familiar”, es decir, la guarda que las antiguas colegialas ejercían sobre las nuevas, según las directrices de Mme. de Maintenon (s. XVII) para la Maison Royale de Saint-Louis, un colegio femenino en el que niñas nobles, pero pobres, eran educadas con vistas al matrimonio y su futuro en el mundo: «Para ir instruyendo a las niñas, como deben entrar antes de los diez años, entregan cada nueva colegiala a una de las ya antiguas o de las más crecidas, que con el título de tía suya, la educa en su mismo cuarto o habitación, conservándose siempre entre ellas esa especie de parentesco, en virtud del cual debe la sobrina a latía el respeto y obediencia, asistencia y cuidado como si fuera su madre». (Santolaya, 1994).

Quiso el cardenal Silíceo que, aun viviendo en régimen de comunidad, tuvieran las doncellas o educandas un ambiente completamente familiar y, para ello, estatuye actos comunitarios y vida privada. Se vivirá en *cuartos* -apartamentos, en lenguaje actual-. La colegiala mayor será la “tía de cuarto” y las niñas se llamarán “primas” entre ellas; y no dijo hermanas, quizá para distinguirlas del nombre con que, generalmente, se las designa en la vida religiosa. “El rezo del rosario –siguen contando los Estatutos- se hará en el cuarto, en familia, con la tía y las primas. La merienda en el cuarto de estar, preparada en el aposentico y el catecismo se le tomará la tía a cada una de las niñas por separado, con preguntas y respuestas en uno de los ratos libres que le permitan los actos comunes. (...)”. Pues bien, estas tías –hoy quizá serían denominadas tutoras como término aproximado- son las que encontramos en la novela *Celia y sus amigos* (Fortún: p. 12). Para Celia la tía de cuarto será doña Paula, con la que establece una relación casi maternal. Y es este ritmo de vida el que la propia Celia describe al lector con sus palabras de forma ingenua, breve y divertida:

Esta doña Paula es una viejecita muy buena que debe ser mi tía, porque así quiere que la llame. Con ella y otras dos niñas vivo yo al final del claustro, en el departamento que da al patio de palmeras. Por las tardes cosemos en el gabinete alrededor de la camilla con el brasero dentro, que tía Paula revuelve de cuando en cuando. A las cinco y media preparamos el chocolate en el aposentico, y después de tomarlo, rezamos el rosario... [...]

Todos los días viene Monsieur Gómez a dar lección de francés, y don Paquito a enseñar solfeo. Ninguna aprende ni una cosa ni otra. No sé por qué. (Fortún: 13-14).

Además, Celia recibe en el internado algo de educación en expresión escrita mediante la redacción del diario personal, con la finalidad de reflexionar sobre sus acciones (Fortún: 26) así como con la redacción de cartas a su hermano Baby, en las cuales la escritora ha sabido imitar de forma magistral la frescura infantil, convirtiendo la redacción epistolar en un cuento, pensando quizá en sus pequeños lectores:

Querido hermanito guapo: ya sé que te llamas Juan Antonio, como el hermano de Genoveva, que es bizco y tiene las narices torcidas, y por eso hubiera yo preferido que no te saliera ese nombre después de ser Baby tanto tiempo ¿Y si te llamaras Cuchifritín, por ejemplo? Díselo a papá a ver si puede ser.

Cuchifritín, rico, eres muy valiente matando arañas, y si estuvieras en Toledo como yo, y en una casona grande, grande, como el palacio de Barba Azul, podrías matar ratones y hasta duendes.

Porque en esta casa ando los duendes por los pasillos como si nada, y todas las niñas dicen que han visto alguno, o que lo han sentido por lo menos. Yo no he visto nada y eso que me desojo a mirar...

No sé si te habrá gustado esta carta tan larga, que parece un cuento, Cuchifritín rico; pero me parece que casi no te habrás enterado de nada, porque eres muy pequeño, y aquí todos somos muy mayores y todo es muy complicado. Te quiero una atrocidad.- *Celia* (Fortún: 32-37)

¿Cómo visten las Colegialas de Doncellas Nobles? Dentro del Colegio llevan un uniforme azul marino, con capa de paño del mismo tono y medalla de Nuestra Señora de los Remedios. Para salir a la calle vestido de seda o lana negro, según las estaciones del año. Zapato y calcetín negro las niñas, medalla y cadena de plata al cuello o con lazo sobre la solapa, las mayores. La ceremonia de ingreso en el Colegio hay que hacerla con la beca. Las colegialas visten un bello traje de lana blanca fina, con pequeña gola donde se destaca la cinta azul celeste de la que pende la medalla de plata de la institución. Sobre el traje se colocan una capa blanca de amplia cola que lucirá la colegiala en los momentos más importantes de su vida, en las grandes solemnidades, el día de su boda y el día de su muerte le servirá de mortaja. En el capítulo titulado “La gran ceremonia” Celia nos describe su propio ingreso, ataviada con las vestimentas descritas anteriormente. Dejándose llevar de su prodigiosa imaginación, Elena Fortún convierte la escena para sus pequeños lectores en un cuento maravilloso:

Llegamos papá y yo al castillo del conde de Rocafuerte: se abrieron las puertas y entramos... el enano tocaba la trompeta en la torre.

Dormí dentro una noche, y al otro día, al despertar, me vistieron de princesa y me

llevaron al salón grande, donde ya estaban las 99 hijas del conde sentadas alrededor, y el conde en su trono con la princesa mayor y la que la sigue...

En medio, en dos sillas, nos sentamos mi madrina, que era otra niña, y yo...[...]

Todas las hijas del conde llevaban trajes blancos hasta los pies y mantos larguísimos, como princesas que eran..., y yo también. (Fortún: 19)

Las travesuras *in crescendo* de Celia en tan noble internado castellano ponen fin a su estancia en Doncellas Nobles. La Rectora del Colegio avisa, desesperada, a su tío Rodrigo, el cual envía un auto para que la lleven al pueblo donde vive ahora, casado con Lisón, la hermana de Paulette, la amiga francesa de Celia de sus veranos en Costa Azul.

3. Aprendizaje y relaciones interpersonales en un contexto real

No solo educa la escuela, por excelente e innovador que sea su proyecto educativo. Ya desde la introducción de *Celia en el mundo* la autora deja claro a sus lectores que la vida de la pequeña Celia va a progresar fuera de las paredes del colegio, de la mera educación en un contexto formal. “Vais a asistir al desenvolvimiento de esta niña que pronto dejará de serlo” (Fortún: 7).

Arranca este relato con la contundente opinión de su tío Rodrigo, hermano del Sr. Gálvez, responsable o tutor de la formación de Celia en la ausencia temporal de sus padres. Esta niña tiene que acostumbrarse a vivir en la realidad. De modo que con 9 años Celia “va a ver ‘mundo’ y a adquirir experiencias por su cuenta” (Fortún: 7) por iniciativa de su tío, que piensa que en el colegio de monjas siguen una educación militaresca (Fortún: 10). El tío Rodrigo lleva a la sobrinita a su casa de la calle de Serrano a vivir entre adultos. La propia Celia se convence al inicio de la historia con su lógica infantil- al tiempo que le aclara al lector- de lo que significa esta decisión que ha venido impuesta por su tío: “No a ver el mundo, no, sino a ver mundo, que es otra cosa, de la que yo no había oído hablar nunca y que confundía con la tierra” (Fortún:9)

A partir de este momento, la pequeña Celia realiza su aprendizaje *desde dentro*; tras de cada aventura o travesura le espera una lección de vida. La educación, como defendió María Montessori, consiste en un desarrollo cuyo protagonista es el niño. El entorno y el maestro son meros facilitadores. Llevar al centro su personalidad, dejarla obrar, facilitarle una expansión libre y armoniosa es la clave. Además, Celia sigue cultivando la lectura y engordando su prodigiosa fantasía. “Alzaba los ojos para pensar un rato en cómo podía hacer yo las mismas cosas que las niñas del libro, y veía a mis muñecas sentadas al sol con sus cabecitas rizadas, rubia la una y morena la otra” (Fortún: 100). Su verano en un pueblecito de la costa azul (Juan le Pins) y sus correrías en la playa con su amiga Paulette le ayudarán a perfeccionar su francés y a desenvolverse en otros ambientes diversos a la cotidianidad familiar madrileña. En una ocasión, con motivo de una excursión a una isla de la familia de Paulette, Celia experimentará, al perderse sola, un sentimiento fuerte

de abandono, “a lo Robinson Crusoe”, sin tener el apoyo afectivo de sus padres, motivo para crecer en autonomía personal.

Tras diversas peripecias propias del carácter travieso e inquieto de Celia, su padre y su hermano Rodrigo se convencen de que Celia debe volver de nuevo a la educación reglada para que su “cabecita novelera” se asiente en una temporada estable. (Fortún: 224). Elena Fortún articula, de este modo, la unión del relato de Celia en un contexto de educación formal a otro no formal, que ya había presentado en *Celia en el mundo*. De nuevo llega el verano y Celia regresa a la Costa Azul con su amiga Paulette, primos y otros amigos. El lector puede conocer una personalidad que va creciendo en libertad, en un ambiente sano. Celia no hace acepción de personas en sus relaciones interpersonales, le gusta divertirse y transmite la frescura de un niño alegre que se une a otros para jugar: las barcas, el agua, los animales constituyen para ellos una diversión sana, no exenta de travesuras, propias de niños de su edad. Es la educación propia del asombro ante el mundo que nos rodea, del descubrimiento de la realidad que se da. En el proceso de aprendizaje de un niño la naturaleza tiene un papel más importante de lo que podamos imaginar, “enseña que las cosas no son inmediatas y que lo bueno y bello llevan su tiempo. Esto favorece que sean personas capaces de controlar su impulsividad, fuertes, pacientes y capaces de aguantar con menos ahora para tener más después” (L’Ecuyer, 2014: 93).

Todavía no puede imaginar esta pequeña Celia que la vida está compuesta de días de sol y días grises; que la realidad es la que es. Poco tiempo de su infancia le queda para experimentar, en una personalidad que apunta a la adolescencia, la muerte de su madre, hecho que supondrá un punto de inflexión importante en su desarrollo educativo hacia la madurez.

4. El despertar precoz de la responsabilidad

Las páginas de esta nueva entrega de la serie de Elena Fortún, *Celia madrecita*, permiten al lector aproximarse al tema de la responsabilidad como forma de crecimiento personal. La historia se inicia con la aceptación de Celia de asumir responsabilidades de hermana mayor, tras la muerte de su madre al nacer su hermanita María Fuencisla; una responsabilidad sobrevenida que le servirá para dar un salto hacia la primera juventud. Y de la que demuestra estar contenta (Fortún: 123). El abuelo de Celia, residente en Segovia, se ha hecho cargo provisionalmente de los pequeños. Reclama a Celia que abandone Madrid, donde se encuentra Celia cursando estudios de Bachillerato en el Instituto San Isidro, alojada en casa de su tía Julia. El abuelo piensa que en Madrid está perdiendo el tiempo haciendo estudios; “según él me había convertido en una niña moderna con la cabeza llena de pájaros” (Fortún: prólogo). “Lloré sobre mis catorce años que habían sido felices hasta la muerte de mi madre, mis tres cursos de bachillerato en el Instituto de S. Isidro de Madrid, que consideraba perdidos, y los pájaros de mi cabeza, que aleteaban moribundos” (Fortún: prólogo).

Se traslada, pues, a vivir a Segovia, pero no pierde la esperanza de poder examinarse en septiembre de un par de asignaturas (Fortún: 203). A Celia le ha llegado el momento de demostrar que su educación exquisita en un colegio de élite del Madrid de la Segunda República, así como el paso por el vetusto internado de Doncellas Nobles de Toledo ha dejado en ella poso formativo suficiente para afrontar la realidad como es, como le viene dada, buscando soluciones cuando lo requiera el momento. A esto se unirá el calor afectivo que su familia le ha proporcionado en los años de su primera infancia y que ha equilibrado su personalidad para vivir en una austeridad de afectos.

Elena Fortún refleja en los episodios que se suceden el comportamiento de una joven adolescente quinceañera muy realista, con sus temores y deseos, con una nueva perspectiva ante la vida que va encajando en una situación familiar difícil. Asimilando poco a poco la renuncia a sus deseos de estudiar, Celia se emociona progresivamente al vivir su nueva vocación de madre cuando cuida a su hermana enferma, cuando la enseña a coser, cuando le hace los vestidos, al sentirse orgullosa de la conducta de su hermana Teresina, a la que siempre se ofrece como ejemplo (Fortún: 86). Mientras lee una carta de su amiga María Luisa de Madrid, expresa Celia sus emociones interiores:

Levanté los ojos y me encontré en el campo con María Fuencisla sobre la falda y Teresina haciendo con Lucía casitas de piedras del arroyo... Y lloré.... La niña me miraba con su ojos muy abiertos y balbuceaba no sé qué cosas incomprensibles...
‘Ma...ma...ma...ma, ma...ma.
¡Me llamaba mamá! ¡Rica! ¡Cielo! ¡Corazón! ¡Hijita mía!’ (Fortún: 50).

A Celia le exige ahora su padre “ser el eje de la familia como lo es una madre” (Fortún: 90), cuidando de sus hermanos en Santander, alojada en casa de sus tíos José y Carmelina en un principio, y como ama de casa que organiza la economía familiar cuando su padre alquile una vivienda en Santander (Fortún: 114). Esta idea quedará remarcada al final de la historia en labios de su padre:

La verdad es que ha luchado valientemente con la vida, administrando mi sueldo modesto, para que nada nos faltara; que nos ha cuidado cuando hemos estado enfermos; que ha atendido la casa lo mejor posible, que ha hecho todo desde la cocina cuando Valeriana ha estado enferma, hasta los vestidos de sus hermanas... que las educa y las mimas... y ha cuidado de mí. Celia, hija mía, en estos seis meses has aprendido a ser madrecita de todos nosotros...(Fortún: 203).

Celia ejerce de ama de casa con naturalidad y organiza los recursos del hogar. La responsabilidad es un valor que adquiere el niño en la etapa de 8 a 12 años, donde las virtudes relacionadas con la fortaleza se acompañan con otras directamente en relación con los demás: responsabilidad, justicia y generosidad. Es la etapa del desarrollo de la voluntad, que colaborará en fortalecer el propio carácter, a la vez que se va fraguando el

criterio para saber si se dirigen bien al objeto de su esfuerzo. Por consiguiente, esta es una edad clave para tirar hacia arriba en la construcción de la personalidad (Isaacs:146). El ejercicio de la responsabilidad en un sujeto no solo abarca asumir las consecuencias de sus actos intencionados, resultado de las decisiones que tome, sino que trasciende a que los demás queden beneficiados o, por lo menos, no perjudicados, preocupándose a la vez de que las otras personas en quien puede influir hagan acciones similares. (Isaacs: 461). Y Celia así lo demuestra a lo largo del relato.

Además de este rasgo de carácter, Celia refleja en el relato su sentir adolescente en la búsqueda de nuevos amigos en sus vacaciones estivales en Santander, como Adela y Jorge, a quien encontrará de nuevo, casualmente, en *Celia en la revolución*, y se convertirá en su primer novio. También le preocupa su imagen, como a cualquier joven quinceañera. No son ricos ni tienen buenas ropas, pero su padre le repite que procuran ir “limpios y decentes”. Su tía Cecilia, hermana de su madre, se empeña en que vista bien, para estar a la altura de sus primas y amigas, y la lleva de compras. En el ambiente burgués santanderino en el que se desenvuelven sus vacaciones de verano con sus tíos el cuidado de las apariencias externas prima sobre el ser de la persona, y Celia adolescente también quiere presumir delante de sus amigos. “Con cada uno de los vestidos me parecía que me cambiaba yo también por dentro” (Fortún: 184). A Celia le parece que está viviendo un cuento de hadas, de esos que tanto ha leído y que su prodigiosa imaginación le ofrece:

Era aquello como un cuento de hadas... La leñadora que se pierde en el bosque y va a la choza del anciano... También ella se acuesta vestida, de tanto sueño como tiene... y por la mañana se encuentra que en vez de choza es un palacio y que sus vestidos de leñadora han sido sustituidos por otros de princesa (Fortún: 185).

El relato se cierra con el anuncio del viaje del Sr. Gálvez a Madrid, precisamente el 18 julio de 1936, echa histórica, mientras Celia asume de nuevo el encargo de cuidar de sus hermanas y de su abuelo en la casa de Segovia. Esta escena final enlaza con la última novela de nuestro recorrido por el proceso educativo de Celia: *Celia en la revolución*.

5. El proceso de maduración de una adolescente

Celia en la revolución cuenta el horror del hambre, los fusilamientos y las persecuciones de la Guerra Civil visto por los ojos de Celia a sus 16 años. Estamos ante un vivo relato autobiográfico de Elena Fortún, una mujer que, aunque no militó en ningún partido, tenía una clara convicción republicana. La escritora proyecta en su personaje el compromiso de contar la verdad sobre lo que habían vivido. En opinión de Félix de Azúa (*El País*, 15/03/2016) “el libro es un documento conmovedor, porque asistimos al horror desde los ojos de una niña y sabemos que todo lo que cuenta es verdad. Hambre, fusilamientos, enfermedad, asesinatos, frío, persecución, latrocinio, todos los caballos del Apocalipsis cabalgaron sobre aquella dulce criatura hasta aplastarla”.

¿Qué cautiva al lector en este relato? La joven Celia, la niña de clase bien, completa su proceso de maduración personal –ya iniciado con la muerte temprana de su madre– en una forzada y sana inmersión en la realidad, que no es otra que la experiencia personal de la Guerra Civil española (1936-1939) vivida en Segovia, Madrid y Valencia sucesivamente, en progresiva soledad y apartamiento de su familia; sin quejas, pero sin eludir el sufrimiento de su alma sensible a los dolores de separación de sus seres más queridos (padre y hermanas después, el fusilamiento de su abuelo en Segovia). Sin duda, *Celia en la revolución* es la más lograda de todas en la presentación del personaje infantil y su enfrentamiento decisivo a la crudeza de la vida. Como afirma Andrés Trapiello en el prólogo a la edición de la obra, ni siquiera Pío Baroja logró escribir una gran novela sobre la Guerra Civil española, pues le faltaban datos de primera mano, que sí estaban a disposición de Encarnación Aragoneses, residente en Madrid durante el transcurso de la contienda hasta que decide unirse a su marido, su hijo Luis y su nuera que, afortunadamente, habían conseguido llegar a Francia desde Barcelona. Tras entregar en la editorial Aguilar su última novela, *Celia madrecita*, Elena viaja de Madrid a Valencia –como lo hiciera también Pío Baroja y otros escritores– y de allí escapa en barco a Francia. Tras reunirse con la familia marcha al exilio en Buenos Aires con su marido, en tanto que su hijo Luis lo hace a EEUU.

Celia Gálvez completa en estos tres años de la contienda civil española su proceso educativo hasta convertirse en una joven adulta y responsable, que abrirá su corazón al primer amor. A lo largo de su toma de decisiones y diversas actuaciones en el relato percibimos que Celia ha recibido una educación adecuada para que desarrolle una personalidad madura. “Y decimos de alguien que tiene personalidad (“tiene mucha personalidad”) cuando se nos muestra con autonomía suficiente como para dirigir su propia vida con singularidad y originalidad a pesar de las circunstancias. Para que se convierta en ‘guía y dueño de sí mismo’” (De Gregorio, 2016:230). Ha sido educada para la libertad, cuyo cimiento es la voluntad forjada. “A mayor voluntad, mayor libertad. Por ello en nuestro lenguaje han terminado actuando como sinónimos “voluntad” y “personalidad”. Decimos de alguien que tiene mucha personalidad cuando se manifiesta en su vida la presencia de una instancia superior a sus impulsos páticos (impulsivo-emocionales), instancia que le hace dueño de sí mismo.” (De Gregorio, 2016: 231).

Celia y sus hermanas huyen a Madrid, tras la detención y posterior fusilamiento de su abuelo en Segovia al inicio de la novela (Fortún: capítulo I, II). En la capital se hospedan en casa de la tía Julia. El Sr. Gálvez ha sido herido en un tiroteo en la calle y se encuentra convaleciente en el Hospital Militar de Carabanchel (Fortún: cap.III), donde cada día acude Celia en tranvía para llevarle enseres y ropa limpia, mientras se entera cómo fusilan a decenas de personas a orillas del río Manzanares. Una antigua amiga del Instituto le habla de una guardería para niños que ha organizado con su madre en un convento al final de la calle Serrano. Este será el refugio de Celia y hermanas días más adelante durante la noche, tras registrar y cerrar los milicianos la casa de su tía Julia. Se acomodan a vivir las tres hermanas y la criada en una habitación de tres camas. Sin conocer los sentimientos

de Celia, por sus actos el lector aprecia su personalidad fuerte, que se va acomodando con serenidad al presente y comprometiéndose en la ayuda a aquellos niños refugiados en aquel convento (Fortún: 85), en cuyas tapias se producen fusilamientos casi a diario.

Una vez fuera del hospital, el Sr. Gálvez y sus hijas se instalan en su casa del entonces pueblo Chamartín de la Rosa, huyendo de los horrores de la capital española. Pero será por poco tiempo; en noviembre de 1936 es preciso evacuar Madrid con la llegada de las tropas franquistas. Celia y su padre se separan de las pequeñas Teresina y M^a Fuenclisa, que marchan a Valencia con los otros niños del refugio. La casa de los Gálvez se ha convertido en un refugio de gentes que huyen de sus lugares de residencia. Huele mal, escasea la comida, fusilan a personas conocidas, familiares de sus amigas; Celia comenta brevemente en las siguientes páginas del relato su estado interior: “Yo procuro inhibirme de todo esto que me produce un dolor sordo sobre la amargura del ambiente” (Fortún: 129). Ante el fusilamiento del hermano de su amiga M^a Luisa, Celia comenta: “Ya no pregunto por su madre ni por su otro hermano. En esta casa en silencio, donde nadie llora, me parece el dolor horrible... y pienso en el primo Gerardo... y en la tía Julia” (Fortún: 149). Y más adelante, a punto de terminar la Guerra, no puede contener su nostalgia y mostrarnos un corazón desgarrado por el sufrimiento: “Me siento en el encintado de la acera y lloro, lloro a gritos... Lloro por Jorge, por mi abuelo, y tía Julia y Gerardo... y mis hermanitas, pobres como las ratas, y mi padre desterrado, y por mí... ya tan desdichada... ¡Lloro porque hemos perdido la guerra” (Fortún: 307). Este desgarramiento se agrava a su vuelta a Madrid, contemplando la crudeza de los entierros de los muertos que va dejando la contienda y el hambre, o la miseria de comprar carne de rata para comer (Fortún: cap. XXII). Celia sufre las penurias del racionamiento de alimentos con entereza:

Casi no ha amanecido y ya estoy en la cola de la leche. Es una calle embarrada en Chamartín por donde pasa el tranvía. La puerta de la lechería, estrecha y de vidrios empañados, permanece cerrada hasta las cinco. Son las tres y media cuando llego a ella y me pongo la última de la fila de bultos arrimados a la pared. (Fortún: 151).

El sufrimiento forma parte de la condición y educación humana; el descubrir que el mundo no es siempre bello ni bueno, la toma de conciencia de que el mal existe, el llegar a aceptar y encajar la contrariedad. El dolor nos hace a todos más humanos, sentir compasión por el otro, “padecer con”. “Quien no ha pasado por la experiencia del sufrimiento nunca puede ser compasivo con los demás” (L’Ecuyer, 2014: 186). Y nos hace madurar como personas. Es parte esencial, por tanto, de una buena educación si sabemos gestionarlo y sublimarlo. Así lo vive Celia en su imponente experiencia. El sufrimiento es una pieza clave en la lógica del sentido de la existencia; es preciso recuperar una *pedagogía del sufrimiento* (Torralba, 1997: 108). Jünger considera que el sufrimiento es, además, una de las formas más íntimas de cada cual. “El dolor es una de esas llaves con que abrimos las puertas no solo de lo más íntimo, sino a la vez del mundo.” (Torralba (1997: 109)

A pesar de todas las desgracias que ha de soportar, Celia no ha perdido su capacidad de admiración y serenidad: “He bajado al jardín en esta plumiza mañana. Un viejo jardinero cava lo que hasta ahora fuera pradera verde para sembrar habas. Sentada al borde del estanque me dejo calentar por este dulce sol de invierno y aspiro la frescura de la tierra removida.” (Fortún: 138)

Celia Gálvez huye finalmente sola de Madrid en septiembre de 1937 en un camión como tantas gentes; en Valencia se aloja en una pensión céntrica y busca a sus hermanas y a los niños del albergue. Averigua que han sido trasladadas a Barcelona, donde se encuentra el gobierno republicano. Decidida y sin miedo alguno Celia toma un tren en la noche. En la ciudad condal pasará sola, por primera vez, la Navidad en la habitación de una pensión (cap. XVI). Celia, a sus dieciocho años, se muestra como una joven cultivada y aprovecha la estancia en la ciudad condal para alternar con amigas en salones del Paseo de Gracia (cap. XVII), a pesar de las sirenas y los bombardeos. Se va de compras: ropa, complementos, libros; lee *Luces de bohemia* de Valle –Inclán (cap. XVIII). Toma el té en el Astoria, donde se encuentra con una amiga del Instituto san Isidro. Celia volverá a Madrid obedeciendo a su padre, temeroso por su vida ante el aumento de bombardeos. Emprende un nuevo viaje sola, esta vez a Francia al final de la historia, tomando barco desde Valencia: “Me quedo sola en la ancha acera bajo los árboles aún desnudos de hojas... ¡Sola! Todos, uno tras otro, han ido dejándome sola antes de que me fuera... ¡No, no estoy sola! Me repito para darme ánimos-. ¡Estoy en las manos de Dios!” (Fortún: pp.333-344)

En medio de la Guerra también queda tiempo para conocer el amor. Celia ya tiene 17 años y vive un reencuentro con el hermano de su amiga Adela, Jorge Miranda, que ahora lucha en la Revolución en Valencia. Este se muestra cercano, le ayuda a buscar un alojamiento mejor e intenta afiliarla al partido comunista. Forjan una gran amistad, pero, a pesar del afecto surgido entre ambos, Celia opta por separarse para buscar a sus hermanas en Barcelona. Continúan su relación por carta (cap. XVII, XVIII) y en marzo 1938 Jorge acude a visitarla a Barcelona. A pesar de las muestras de amor de Celia, Jorge decide volverse al frente (cap. XIX). Dentro de la sobriedad que caracterizan las descripciones de sentimientos en Elena Fortún, el lector puede vibrar con la emoción de una joven Celia enamorada:

- Cuando nos volvamos a ver ya se habrá acabado la guerra, y entonces tengo que decirte muchas cosas, Celia...

Me aturdo y me azaro. Bajo los ojos sin poder sostener su mirada y siento que la sangre me invade las mejillas y hasta los ojos... Me aprieta la mano encima de la mesa, y su presión me conmueve más... callamos un rato que me parece un siglo... al fin mira su reloj y dice:

- Las siete, es hora de volver.

Me parece que he venido a casa volando por encima de las nubes, porque no recuerdo las calles por donde hemos pasado, ni si había escaparates abiertos, ni si

estaba oscuro o no... solo sé que al despedirnos en la puerta, Jorge me ha apretado mucho la mano, luego la ha puesto a la altura de la boca... ¡y la ha besado!... He creído ver lágrimas en sus ojos, pero de pronto me he dado media vuelta y se ha ido sin decir adiós...[...]

Casi no puedo hablar y me alegro de que papá no haya llegado aún... ¡Jorge me quiere!... Y yo le quiero más que a mi vida...! (Fortún: 236-237)

La desgracia caerá sobre la joven pareja. Celia averigua en el Ministerio de la Guerra junto a su amiga M^a Luisa que Jorge Medina ha muerto en la batalla del Ebro (cap. XXV). El amor que siente por él le impide aceptar la noticia; minutos después irá asimilando la pérdida irremediable, con la austeridad en la expresión de sus sentimientos que caracteriza a esta jovencita: “De pronto parece que algo se me ha derretido en el pecho y me sube a la garganta... Es un río de pena y no son bastantes mis ojos y mi boca para dar salida a un dolor tan grande.” (Fortún: p. 302).

6. Conclusiones. Adiós a la pequeña Celia

Con el relato de *Celia en la revolución* concluye este recorrido por algunas de las novelas de Elena Fortún, cuya finalidad ha sido mostrar la frecuente simbiosis entre Literatura y Educación en los textos escolares. En la Didáctica de la Literatura no podemos olvidar el carácter polifónico de los textos literarios, capaz de transportar al sujeto lector a las diferentes esferas del saber y de la vida. Así sucede con la historia de la pequeña Celia Gálvez.

En efecto, a través de las novelas analizadas de la serie de Celia, Elena Fortún nos ha ofrecido una viva estampa del proceso educativo de un protagonista femenino de la Literatura infantil y juvenil española, protagonismo ya consolidado por sus numerosos admiradores, grandes y pequeños. Con su actuar alegre y travieso a lo largo de cientos de páginas, Celia comunica a sus lectores sencillez, entusiasmo, capacidad de asombro ante la vida, creatividad y libertad interior, -así lo corroboran las múltiples escenas de *Celia lo que dice*, *Celia en el colegio*, *Celia y sus amigos*, *Celia en el mundo*- episodios que le permiten, junto con su vivencia de primeras experiencias dolorosas -*Celia madrecita*-, convertirse en una mujer adulta, equilibrada, sensible ante las personas y entorno que le rodea, capaz de ejercer una ciudadanía responsable y pro-activa para trabajar por el bien común; un proceso educativo que cristaliza en la obra *Celia en la revolución*.

Bibliografía

- Antón Cabello, M^a M. y Molero, J. A. (2012). Elena Fortún. Personajes en su historia. Estudios biográficos. En *Gibralfaro, revista de creación literaria y Humanidades*, Universidad de Málaga, 77.
- Bravo Villasante, C. (1972). *Historia de la Literatura infantil española*. Madrid, Doncel.
- Canabal Rodríguez, L. (2013). Educación femenina en la Edad Moderna: constituciones del colegio de doncellas nobles de nuestra señora de los Remedios, Toledo (siglo XVI) en Estudios *Humanísticos*. *Historia*, 12, 127-154.
- Cerrillo, P. (2013) La formación del lector literario: la competencia lectora, en Álvarez Ledo, Ferreira Boo y Neira Rodríguez, (ed.) *De la Literatura infantil a la promoción de la lectura*, (pp. 17-27). Madrid: CEU Ediciones.
- Colomer, T. (2000). *Introducción a la literatura infantil y juvenil*. Madrid: Síntesis.
- De Gregorio, A. (2016). *Miradas*, Burgos: Monte Carmelo.
- De Puelles Benítez, M. (1991). *Educación e ideología en la España contemporánea*, Madrid: Labor.
- García, M. F. (1987). Problemas bibliográficos en torno a la obra de Elena Fortún en *Elena Fortún (1886-1952)*. Madrid: asociación española de Amigos del IBBY, pp.31-54.
- Fortún, E. (1942). *Celia madrecita*. Madrid, Aguilar editor.
- Fortún, E. (1992). *Celia, lo que dice*. Madrid, Alianza editorial.
- Fortún, E. (1992). *Celia en el colegio*. Madrid, Alianza editorial.
- Fortún, E. (2016³). *Celia y sus amigos*. Madrid, Alianza editorial.
- Fortún, E. (2016). *Celia en la revolución*. Sevilla, Renacimiento.
- Fortún, E. (2017). *El arte de contar cuentos a los niños*. Edición de Nuria Capdevila-Argüelles. Sevilla: Renacimiento.
- Fortún, E. (2018). *Celia en el mundo*. Madrid, Alianza editorial.
- Fraga Fernández-Cuevas, M. J. (2012). D. Quijote y Celia: El deseo de vivir otras vidas, en *Anales cervantinos*, 44, 229-246.

- García Hoz, V. (1980). *La educación en la España del s. XX*. Madrid: Rialp.
- Isaacs, D. (1986). *Educación en virtudes humanas*. Navarra: EUNSA.
- L' Ecuyer, C. (2012). *Educación en el asombro*. Barcelona: Plataforma editorial.
- ————— (2015). *Educación en la realidad*. Barcelona: Plataforma editorial.
- Torralba, F. (1997). *Pedagogía del sentido*. Madrid: PPC.